*Symposium*, Vol. 69, No. 3, 156–168, 2015
Copyright © Taylor & Francis Group, LLC
ISSN: 0039-7709 print / 1931-0676 online
DOI: 10.1080/00397709.2015.1067058

María Carolina Sánchez
*National Council of Technical and Scientific Research (CONICET)*

# La imaginación nacional en *María de Montiel* (1861) de Mercedes Rosas: historia patria y trama sentimental

*In* María de Montiel *(1861), the first novel by a nineteenth-century Argentine woman writer, Mercedes Rosas, the destiny of heroes and heroines is always linked to national history. Following Doris Sommer's critical perspective, it can be said that national formation and passionate love are mutually implicated in this text. Thus,* María de Montiel *can be read not only as a political contribution to the national project, but also as a female and federal perspective during the so-called period of National Organization in Argentina.*

***Keywords:*** *Argentine novel, gender ideology, national history, national imagination, National Organization period, Mercedes Rosas, sentimental fiction*

---

Bajo el seudónimo de M. Sasor, compuesto por la inicial de su verdadero nombre y por una exacta inversión de su apellido, Mercedes Rosas de Rivera (1810–70) publicaba hacia 1861 su primera novela *María de Montiel*.[1] Pese a ser conocida en su tiempo por su inclinación a las letras,[2] sus obras no fueron posteriormente incluidas en las sucesivas versiones de la historia literaria argentina. El interés por su producción es reciente (Masiello, Curia, Molina, Ortiz Gambetta) y en este marco debe destacarse la labor de Beatriz Curia quien ha realizado una reedición crítica y modernizada del texto aquí estudiado.[3]

Al merecido reconocimiento a la novelista por el dominio narrativo ejercido en la construcción de una intriga atrapante,[4] debe añadirse que esta obra reviste interés pues el mundo recreado contiene elementos que permiten ensayar una lectura crítica en términos de representación ficcional de la nación. Este abordaje se verá enriquecido por una introducción que procurará inscribir a *María de Montiel* dentro de los debates suscitados en el mundo literario rioplatense en torno al género novela, dado que permitirá apreciar las expectativas depositadas en él y su articulación con anhelos e inquietudes imperantes en el contexto sociopolítico del período denominado "Organización Nacional," dimensiones pertinentes para el análisis a emprender.[5]

A partir de la investigación de Hebe Molina se dispone en la actualidad de un panorama preciso acerca de la novelística rioplatense del siglo XIX, pues la autora restituye una considerable cantidad de obras pertenecientes al género, marginadas de la historia literaria, sobre las que despliega diferentes operaciones críticas.[6] La periodización de estas fuentes revela como aspecto llamativo un incremento de la producción en el lapso comprendido desde mediados de 1850 hasta fines de la década de 1860, lo que provocó una reconfiguración del estado de la cuestión

dado que la versión proporcionada por las historias literarias—incluso las más recientes–, había caracterizado esos años por una exigua práctica del género.[7] Al respecto, Eugenia Ortiz Gambetta, interesada en un corpus de novelas del período de la Organización Nacional, comenta: "hay una convicción sostenida, aún hoy, [. . .] según la cual se plantea un vacío textual entre las décadas de 1850 y 1880, [. . .] entre la aparición de *Amalia* y las obras de la generación del 80, con algunas contadas excepciones" (12).

Pese a lo expuesto es preciso indicar que, en justicia, son las figuras de la generación del 37 quienes desde el exilio inician la escritura novelística y la prédica a favor del género tratando de desvincularlo de las historias indecorosas exhibidas en las obras europeas.[8] Su incorporación al mundo de las letras de la joven república desencadenó un intenso debate a través de artículos periodísticos, disertaciones académicas, y prólogos, que se prolongaron incluso durante la etapa de la Organización Nacional cuando se concreta el copioso despliegue de la producción local. El concepto de novela diseñado por los escritores del Río de la Plata reivindica como atributo esencial la moralidad y con ello se procura acallar las objeciones planteadas al género, especialmente desde sectores católicos y conservadores. Así, este nuevo rasgo resulta clave para crear las condiciones que tornen propicia su aceptabilidad dentro del sistema literario.

En la poética trazada hay un patente consenso: la novela es útil para retratar las costumbres de los pueblos y reformarlas mediante un mensaje edificante.[9] Desde sus particularidades, cada novelista asume este cometido en el que se reconoce esa función disciplinadora del letrado decimonónico respecto de la sociedad de su tiempo (González Stephan, Rama). En conexión con la nueva coyuntura atravesada por la puesta en marcha del proyecto de construcción del estado nación argentino luego de la caída de Rosas, la novela se convierte en un instrumento capaz de cumplir una tarea civilizadora. Susana Zanetti expresa esta misión encomendada al género en los siguientes términos:

> un sector de las elites confiaba en que los folletines (y las novelas) podrían lograr mayores y más amplios efectos en el conjunto de la población alfabeta y urbana que los otros discursos que se proponían aleccionar acerca de los modelos de sociabilidad y de familia convenientes para las flamantes naciones que intentaban cumplir una rápida modernización y consolidación del estado nacional. (107)

Una necesaria observación relativa al público lector completa lo apuntado en la medida en que permitirá precisar la eficacia de una novela diseñada desde el imperativo de construir la nación. La necesidad experimentada entre los escritores de superar el círculo lector de sus contertulios los impulsa a servirse de posibilidades brindadas por el "capitalismo impreso" (Anderson, Silva Beauregard) para emprender la ampliación de la lectura.[10] En prueba de ello, Ortiz Gambetta afirma que "la literatura argentina del siglo XIX fue inseparable de la prensa ya que, en el espacio dedicado a los folletines, se publicaron las primeras narraciones locales y obras extranjeras" (32). Los esfuerzos para extender la práctica lectora arrojan un paulatino crecimiento del público a la vez que dejan entrever que solo se trata de un momento inicial. Refiriéndose a lo acotado de los términos de la expansión de lectores, Zanetti sostiene: "De todos modos, el género ganó un público integrado por distintas capas sociales, si bien en general inserto en los marcos más o menos amplios y lábiles de la llamada gente decente" (109).[11]

Tal como ha sido delineado, el contexto en que se sitúa la publicación de *María de Montiel* se caracteriza por un florecimiento de la producción novelística entendiendo la práctica como una forma de compromiso del escritor con las necesidades de la nación en ciernes. Según lo expuesto

cabe interrogarse ¿cómo se posicionó Mercedes Rosas ante una demanda de esta índole?, ¿de qué modo la autora ejerció la misión encomendada a la novela?

## *MARÍA DE MONTIEL* Y LA IMAGINACIÓN NACIONAL

Dado el escaso conocimiento de la obra aquí analizada, se realizará un breve recorrido por su argumento, pues es en las características y trayectorias de los personajes que Mercedes Rosas diseña una fórmula nacional. Situada en la época de las guerras de Independencia—entre 1808–27—, la novela desarrolla la historia sentimental de María de Montiel, una joven huérfana de madre que descubre el amor al conocer a un militar amigo de su padre. Durante su licencia del ejército, el coronel Leoncio visita a su ex compañero de armas, don Miguel de Montiel, exceptuado de los frentes de batalla por las heridas recibidas y dedicado a la crianza de su hija. Asiste a las habituales tertulias entre vecinos y, desde el primer encuentro, él y María se enamoran. Al advertir esto, Jorge Harris, también interesado secretamente en la protagonista, sufre una gran desilusión pues su amada corresponde a otro hombre. Con el fin de olvidarla, el joven decide emprender un viaje para conocer Europa y ocuparse de los negocios familiares en Inglaterra, país del que es oriundo su padre. Comprometido en matrimonio con María, Leoncio se reincorpora al ejército y el casamiento queda pendiente hasta su regreso. A partir de este momento, la acción transcurre en tres espacios: Buenos Aires—donde María mientras espera el regreso del amado se dedica a bordar su vestido de novia—, España—donde Jorge se radica y una condesa se enamora de él—y el Perú—donde Leoncio combate contra las fuerzas realistas. La intriga novelesca se concentra en la constante aflicción de María por el peligro de muerte al que está expuesto su amado, solo atenuada por las cartas que ambos intercambian. Al mismo tiempo, Jorge, sin olvidar a su primer amor, consulta a tres gitanas que presagian la muerte de su rival y su compromiso con María. El conflicto del amor no correspondido que experimenta Jorge se reproduce en los sentimientos de la condesa de la Estrella (Fernanda) hacia él. Atraída por su melancolía, esta madrileña busca conquistarlo, sufriendo en silencio su reticencia. El futuro de estas relaciones depende entonces del destino de Leoncio en la guerra. Cuando el héroe patrio muere cubierto de gloria en el campo de batalla, el desenlace se avecina. Jorge regresa a Buenos Aires y logra el amor de María. Fernanda, por su parte, decide ingresar al convento. La nueva pareja concreta el matrimonio luego de cumplidos dos años de luto, estableciendo su residencia en España.

Ambientada alrededor de las luchas independentistas, *María de Montiel* pertenece al tipo "novela histórica," una de las tendencias establecidas por Molina como predominante en la novelística del siglo XIX. Esta tipología, que da curso al afán historicista del Romanticismo, adopta como modelo la obra de Walter Scott, autor admirado y considerado su máximo exponente. De acuerdo con el modelo, las novelas históricas locales exponen una anécdota central ficticia ocurrida durante el desarrollo de acontecimientos verídicos sucedidos en el pasado del pueblo, dispuestos como trasfondo. La descripción de la época procura capturar el color local expresado en detalles costumbristas y en el sentir de la comunidad y los personajes corresponden más tipos que a caracteres.[12]

Dentro de la vertiente "novela histórica," podría decirse que la temática de la Revolución de Mayo es la que mejor testimonio ofrece del fervor patriótico de sus autores quienes ejercen la didáctica misión de facilitar al pueblo el conocimiento de los hechos heroicos de su pasado.[13] Un motivo recurrente es el conflicto del héroe entre el deber y el amor. Por ello, Molina observa que "El componente sentimental 'amor a la mujer' coadyuva a resaltar las cualidades viriles de

los patricios, quienes sacrifican su interés personal en el *altar de la Patria*" (284). En *María de Montiel*, la historia sentimental y la historia patria no solo operan como exaltación de los héroes que labraron aquel pasado glorioso inaugural de la historia independiente sino también, según se demostrará, como una fórmula nacional para construir la nación en la particular coyuntura de mediados del siglo XIX.

Un señalamiento fundamental que se impone en la consideración de los acontecimientos que definen la trayectoria de los héroes y heroínas de esta narración reside en que sus destinos están ligados a la gesta patriótica. De la suerte de Leoncio en el frente de batalla depende la concreción de las expectativas sentimentales de los otros personajes representativos de tres naciones (María, la patria naciente; Fernanda, España y Jorge, Inglaterra). Dada la presencia de estas fuerzas en juego, el texto admite un abordaje acorde con la perspectiva crítica iniciada por Doris Sommer, pues puede decirse que la nación en ciernes y la pasión amorosa se implican mutuamente en la novela de Mercedes Rosas, donde "un discurso representa constantemente al otro e invita a una doble lectura de los hechos narrativos" (59).[14] Es por esta particularidad que *María de Montiel* reviste interés en tanto aporta una versión femenina de filiación federal a los proyectos de nación esbozados en el debate político y en la producción literaria.

En su aproximación a esta obra Francine Masiello cala en la fórmula que condensa la proyección del devenir nacional diseñada por la novelista: "El casamiento de María con un pretendiente de mentalidad comercial representa el auge de una nueva clase empresaria que reemplaza a una generación de héroes de guerra y [. . .] augura el surgimiento de una nueva sociedad" (93). Sobre la base de esta interpretación, el estudio aquí propuesto se plantea ahondar en aquellos signos contenidos en la historia sentimental que, en tanto tropo, sustentan el trazado de la nación deseada.

El más evidente de los elementos de la trama sentimental sobre el que estriba la comunidad nacional imaginada, corresponde a las identidades nacionales que los personajes protagónicos poseen. Leoncio y María son hijos del suelo argentino, Jorge tiene ascendencia inglesa y Fernanda es española. A través de los encuentros y desencuentros amorosos, se describe las relaciones entre las tres naciones, su pendular juego político de mutuos intereses y desacuerdos. La trayectoria personal de cada uno de los héroes expande la conexión entre erotismo y nación proyectada, en el marco de una estructura dinámica en la que las significaciones van complejizándose con la progresión de la intriga.

Desde el inicio de la novela, hay alusiones que sugieren una identificación entre la protagonista y la patria. Si se presta atención a la historia de sus progenitores, ella es fruto de un acto de emancipación por parte de su madre, cuyo padre, de nacionalidad española, le ha prohibido contraer nupcias con don Miguel Montiel, el hombre que ama, debido a que este es de origen americano y adhiere al movimiento independentista.[15] El matrimonio entre ambos aparece caracterizado con un lenguaje de evidentes resonancias revolucionarias, cuando la narradora cuenta que "la pobre esclava rompe la cadena" (Rosas 56) y "sacude el yugo de fierro" (56) para aludir al acto de libre albedrío ejercido por la madre de María, dispuesta a hacer su voluntad y enfrentar la arbitraria autoridad paterna. En el pasaje citado a continuación, aparecen expuestos nuevos valores, ligados al amor, para la elección de pareja. Una relación legítima se sustenta en la libre voluntad de las partes, cuestionándose la prerrogativa del padre en las decisiones de los hijos. Existen claros signos que entrelazan la visión del matrimonio expuesta por la progenitora de la protagonista con la reivindicación de la soberanía americana y los fundamentos republicanos e independentistas:

> –Padre mío, yo también declaro a usted que no seré jamás esposa de otro hombre que de aquel que mi corazón ha elegido. [. . .] Usted comprende, padre mío que me refiero al capitán don Miguel de Montiel [. . .] cuando se unen sin amor es malo; pero todavía hay la esperanza de hacerse amar, pero a sabiendas llevar hasta el altar a una joven a que jure ante Dios y los hombres amar a quien aborrece. Le preguntará el sacerdote: '¿Recibís a este caballero por vuestro esposo?' ¿Cómo ha de decir? ¿Que sí lo recibe por la fuerza? La obediencia a un padre que la sacrifica pronunciará el sí, como lo hicieron otras pobres víctimas; ¿pero será legítima esta unión?. .. ¡Ah! padre mío, si las leyes que dan a los padres tan grandes derechos sobre sus hijos los precisasen a padecer las consecuencias de ellas, no habría uno que no las renunciara. (55–56)

En los abuelos de la protagonista aparece una primera representación de España de carácter dual, dado que si bien don Nuño Pérez es la expresión de la sujeción colonial, su esposa es una figura benévola cuya separación de su hija causa su muerte. En la versión femenina de la antigua metrópoli, podría advertirse un planteamiento acerca de la necesidad, más allá de la independencia, de la continuidad de la herencia cultural hispánica como patrimonio que no debe ser desechado, afín a las convicciones federales de la escritora.

El ejercicio de la propia soberanía realizado por la madre de la protagonista en la elección de su esposo no agota la metáfora de la revolución independentista pues, como se indicó antes, el futuro padre de María, don Miguel, no solo es de origen americano sino que ha intervenido en el suceso de las invasiones inglesas dando muestras del sentimiento autonomista que imperaba entre los criollos en el período tardocolonial.[16] Posteriormente, él será célebre en Mayo, pues "era uno de aquellos distinguidos patriotas que en el año 10 inmortalizó su nombre, año memorable para todo el que tenga un corazón americano" (55). Tal como queda demostrado, María de Montiel, al igual que la patria, fueron engendradas por este héroe fundacional. El tono reverencial de la narradora trasluce la visión de la autora implícita sobre la Revolución de Mayo y su adhesión a los ideales emancipadores.

Hija de un héroe patrio fundador, María pronto será la prometida de un joven compañero de armas de su padre: el coronel Leoncio. La superposición de signos alcanza la exactitud cuando María, convertida ya en joven de quince años, se viste de celeste y blanco para recibir al militar que regresa en una breve licencia del ejército. El cuerpo de la protagonista luce los mismos colores de la enseña que identifica a la territorialidad argentina, y el deseo de conquista amorosa y política coinciden completamente. Antes de la llegada del coronel, el padre observa el atuendo de su hija y se produce el siguiente diálogo:

> –Qué bella estás y qué color tan simpático el que has elegido, pues el azul y el blanco es el pabellón que ha flameado hasta la cordillera de los Andes, Chile y Perú, llevado hasta allá por nuestros valientes: estoy cierto que Leoncio lo tomará por una galantería de tu parte.
> –Sí papá, he creído como usted, y a más pienso presentarle un pequeño ramo con un lazo de cinta celeste y blanca. (68)

Tras el compromiso matrimonial y la partida de su futuro esposo a la guerra, María, como Penélope, espera entregada al bordado de su vestido de novia. Con la caída de su valiente

prometido, deberá vestir luto, resignarse por la pérdida y volver a mirar al futuro. La progresión de la historia ofrecerá nuevas condiciones a María y también a la patria.[17]

El personaje del coronel Leoncio representa, junto con don Miguel de Montiel, a los héroes fundadores, padres de la patria. Excepto el tiempo de su licencia durante el cual se enamora de la protagonista, su espacio por antonomasia se corresponde con el campo de batalla. En la recreación de los enfrentamientos entre el ejército americano y el realista está presente el ingrediente histórico con el que Mercedes Rosas compone su novela. Leoncio convive con las figuras de Mariano Necochea, Isidoro Suárez, Simón Bolívar y Antonio José de Sucre e interviene en las hazañas de Junín y Ayacucho. Cada triunfo de las armas americanas provoca la exaltación de la autora implícita, que en discursos laudatorios rinde homenaje a los hombres autores de la proeza independentista. En este tramo, la novela adquiere algunos tintes de tono épico, tal como lo ha caracterizado Mijail Bajtin al género, evidenciado en la distancia y enaltecimiento al retratar estas figuras:

> No es posible pintar el valor y patriotismo que reinaba en el Ejército Libertador: jefes, oficiales y soldados ansiaban por un encuentro. Casi siempre se realiza lo que se desea, y las armas de la patria y las del rey de España volvieron a medirse: tuvo lugar la acción de Junín, en que a porfía se cubrieron de gloria, jefes, oficiales y soldados. El valiente y bizarro general don Mariano Necochea peleó como un héroe: no es posible explicar la bravura de aquel hombre [. . .] Necochea hijo predilecto de la patria, inmortalizó su nombre en la memorable acción de Junín, el 6 de agosto de 1824. Recibió en ella siete heridas. Si por cada una de ellas que en la lid recibiera se le hubiera concedido una medalla, no habría tenido el guerrero dónde colocarlas. (167)

Leoncio es caracterizado en los mismos términos que el ejército americano. Su condición como militar aparece reconocida en el texto por Bolívar y por Sucre quien tras su muerte, expresa palabras que encumbran la memoria del caído: "¡El más valiente jefe del Ejército nos cuesta la batalla!" (257). Si bien la narradora pone de relieve de forma constante la valentía de Leoncio, la focalización en la intimidad de este personaje, generalmente expresada en sus cartas a María, deja entrever que está desgarrado por un conflicto interior. En ellas aflora la humanización del guerrero que experimenta la tensión entre su devoción a la patria y el amor por María. A ella le confiesa: "Antes de conocerte solo pensaba en conquistar la libertad de mi patria, pero ahora mis deseos están en lucha con mi amor" (156). Le refiere a la amada la crisis de sus ambiciones personales ligadas a su renombre como militar: "Por ti, María, he olvidado la gloria tan soñada. Por ti se ha extinguido en mí esa ambición tan natural en un hombre que tiene treinta y dos años y es ya coronel" (155). En este debate personal María y la patria parecen incompatibles, pues ella prefigura la nación pacificada, la república constituida. El guerrero debe volverse un hombre doméstico para estar a su lado, un tránsito inalcanzable para Leoncio, pues debe morir para conquistar una patria que otros conciudadanos construirán.

Más allá de sus tribulaciones, está presente en Leoncio ese "apego tan profundo" que Benedict Anderson (21) destaca como característico del sentimiento nacional, que genera en los patriotas "sacrificios tan colosales" (25). Se trata para este autor, de "una derivación mística de los sistemas culturales religiosos" (30). Una explicación similar ofrece Roger Chartier cuando observa una transferencia de la dimensión de lo sagrado, concentrada antes en la religión, al dominio de lo cívico, lo patriótico, lo revolucionario, extendiéndose, incluso, al ciudadano (125). La trayectoria

de Leoncio es la inmolación por la causa libertadora, renunciado a sus propias aspiraciones personales para el beneficio colectivo.

El personaje que representa a España es Fernanda, condesa de la Estrella. A través de la caracterización de su figura, Mercedes Rosas parece haber procurado plasmar su visión de la metrópoli. Ligada mundo al aristocrático, a los títulos de nobleza, a la vida cortesana, esta bella mujer posee también sólidos valores morales, una religiosidad auténtica y conocimientos eruditos. Como se advierte, este personaje es superior a María de quien se enfatizan las cualidades de pureza y simplicidad. La preeminencia de la heroína española puede interpretarse como un reconocimiento a la cultura de la vieja metrópoli imperial.

Pese a sus cualidades, Fernanda no es correspondida en su amor por Jorge. La dignidad con la que sobrelleva su desventura es un aspecto que engrandece aún más a la heroína y una cuestión sobre la que se insiste en el texto. La decisión de convertirse en Esposa de Cristo puede considerarse una apología de la fe cristiana como rasgo saliente de la cultura hispánica y un componente en el que se reconoce la adhesión al catolicismo de la autora.

Jorge Harris es el enamorado que prevalece sobre el héroe patrio logrando unirse en matrimonio con María, luego de haber sufrido un gran desengaño debido a la preferencia de la heroína por su rival. Desde los inicios del texto la narradora proporciona dos datos: ascendencia inglesa y su dedicación al comercio. La familia de su padre reside en Londres y en materia económica, vive de negocios. El viaje para olvidar a su amada es también ocasión para un emprendimiento comercial, según se precisa en la novela: "Jorge presentó a su padre el estado de sus negocios, y este le dijo que le propusiera a su tío seguir el negocio que ellos tenían en Buenos Aires, que era el de frutos del país, pues don Jorge tenía barraca" (Rosas 90).

La presencia de ingleses en el país, retratada en las figuras de la familia Harris, puede analizarse asimismo a la luz de la coyuntura vigente en el contexto de producción de la novela ligada a la puesta en marcha durante el período de Organización Nacional de programas de mejora de la composición social del país, como es el caso del plan inmigratorio de Alberdi. Una parte sustancial del programa civilizador del político escritor mencionado es la inmigración y posterior homogenización racial mediante un mestizaje ideal entre mujer criolla y hombre de procedencia británica (Ortiz Gambetta 35–43).[18] La celebración de un matrimonio ficcional de tales características en la novela, el de María y Jorge, pone de manifiesto esa concepción del discurso literario como expresión capaz de absorber ideologemas de otras esferas de la vida social, planteada por Pavel Medvedev.

Con algunas variaciones de esta misma fórmula, Mercedes Rosas diseñará su imagen nacional. Su esbozo añade la pervivencia del legado cultural español, fundamentalmente en la reivindicación de la fe. En efecto, el obstáculo mayor para el extranjero anglosajón, el factor religioso, es reparado en el caso de Jorge por la descendencia de una madre española de quien hereda la fe católica: "Yo soy, aunque hijo de inglés, católico y profeso la religión de mi madre, y ella supo hacerme conocer que hay un Dios de bondad" (Rosas 88). Pese a que, como señala Ortiz Gambetta, el proyecto de inmigración de la época incluyó un artículo de tolerancia religiosa, la novelista ha preferido diseñar una pareja afín en materia de creencias religiosas.[19] Sin embargo, la práctica de matrimonios mixtos se hizo frecuente en la época, según afirma Curia:

> Con respecto a la boda de María con Jorge Harris, es conveniente destacar el creciente establecimiento de extranjeros en Buenos Aires, especialmente ingleses. Como en su mayor parte eran jóvenes, las familias que deseaban casar a sus hijas los trataban con especial deferencia. Muchos fueron estos matrimonios, especialmente porque la

> Iglesia católica había otorgado una dispensa que permitía el casamiento con los denominados 'herejes' décadas antes. La elite se anglicanizó rápidamente, en particular porque existían intereses mercantiles en común. (41)

Otra marcada característica de este personaje es la timidez, un impedimento de carácter que superará con la realización de su viaje. Aunque mayormente en España, la apertura al mundo, imprimirá en el joven una transformación: adquirirá experiencia para integrarse a la vida social y ampliará sus conocimientos. En las cartas que desde el Viejo Mundo envía, plasma sus impresiones de los lugares visitados: oscila entre Inglaterra, la potencia industrial de admirable organización política, y España, el país en que se siente plenamente a gusto para permanecer.

Figura masculina triunfante en la unión matrimonial con María, Jorge no solo representa el héroe doméstico sino también el deseo de prosperidad económica, el interés lucrativo imperante con el desmantelamiento del monopolio comercial español del período colonial. Así, el pretendiente inicialmente postergado se impone al guerrero pues los nuevos tiempos por los que atraviesa la República Argentina demandan su inserción en el mercado.[20] Tal como ha indicado Masiello, "Mercedes Rosas evoca una economía de narración en que las viejas tradiciones se enfrentan con las nuevas: las actividades marciales y las comerciales dividen la atención de María; los viejos y nuevos rituales del galanteo se oponen" (93).

El matrimonio finalmente consumado goza de plena legitimidad pues los padres fundadores, don Montiel y Leoncio, han dado su autorización. Antes de morir, en la última carta que dirige a María, el héroe patrio escribe: "Ama mi memoria, pero no te consagres a una eterna viudez. A los diecisiete años no puedo, ni debo pedirte ese sacrificio" (Rosas 256). Por otra parte, es Jorge, y no el guerrero, el que recibe el oráculo sobre su matrimonio con María cuando consulta a tres adivinas. Si bien la superstición es incompatible tanto con el ideario ilustrado como con la religión que profesa la autora, la profecía podría ser vista como el anuncio que recibe quien deberá desempeñarse como otra clase de fundador.

De este recorrido puede ya delinearse las piezas que intervienen en la imaginación nacional figurada en un matrimonio contraído entre una criolla y un inglés residentes en España, una fórmula que conjuga lo local, la reivindicación federal de la cultura hispánica y el interés económico. A lo largo de un proceso jalonado por una serie de desencuentros, la pareja definitiva de la novela logra constituirse. En este trayecto han resultado relegados el primer amor (Leoncio) y una pasión no correspondida (Fernanda). Una mirada atenta a los destinos de estas figuras arroja una similitud dado que en ambos casos se trata de un abandono del tiempo histórico y el ingreso en una dimensión sagrada. La muerte de Leoncio no implica el olvido sino la entrada *in illo tempore* de la leyenda nacional, mientras que el matrimonio con Cristo de Fernanda implica una renuncia al mundo. Religión y gesta libertadora constituyen dos legados para la memoria de la comunidad nacional mientras el tiempo histórico se forja por los hijos del país y sus alianzas comerciales. En el desenlace de la novela, la narradora efectúa tres conclusiones correspondientes a cada uno de los hilos de la trama: la felicidad doméstica de Jorge y María en Madrid, el destino de Fernanda como abadesa y un homenaje a los héroes de la Independencia.

## DEL MATRIMONIO Y LAS MUJERES REPUBLICANAS

Más allá de los sentidos desentrañados anteriormente en torno a la representación específica de la nación subyacente en la trama sentimental, el matrimonio es un tema abordado explícitamente ya sea por medio de intervenciones directas de la autora o por medio del discurso

de los personajes. Cada pareja que se forma, cada boda que se celebra o los matrimonios que se describen en su felicidad doméstica, despiertan de manera sistemática comentarios sobre la vida conyugal, convirtiéndose en una temática recurrente.

El tratamiento de la institución matrimonial es un lugar común de la producción novelística del período,[21] y obliga a considerar esa insistencia en el amor romántico como un "ideologema" absorbido del contexto sociocultural de la época.[22] Indagar esta cuestión reintroduce, asimismo, una conexión con el surgimiento de la nación en un sentido más amplio. En efecto, Sommer advierte que, pese a presentarse como sentimientos inscriptos en la naturaleza humana, tanto el amor esponsal como el patriotismo son entidades forjadas a lo largo de un proceso histórico (49). Su emergencia está ligada a mutaciones culturales tendentes a la configuración de un nuevo orden social que procura suprimir concepciones y prácticas del mundo premoderno. Incluso, la autora advierte una íntima imbricación en la que sexo y nación operan "mutuamente con el fin de desplazar vínculos anteriores" (58). De allí que en el deseo sexual se represente "el esbozo preliminar de toda asociación humana" (49).[23]

A partir de lo expuesto podría preguntarse cómo describe el matrimonio Mercedes Rosas y en qué medida resulta una unión socialmente productiva, en tanto proyección del vínculo afectivo entre individuo y nación. Un punto esencial para la felicidad conyugal es el amor, exaltado como un tipo de sentimiento que cohesiona no solo a la pareja sino también al cuerpo social debido a que "nos hace buenos unos con otros, [. . .] es el que nos da resignación para sufrir, valor para soportar los dolores, conmiseración para con los desgraciados, es el sentimiento que más embellece a la especie humana" (100). Enfáticamente valorado, el amor (deseo) es el fundamento de las uniones que se celebran en el texto, prevaleciendo a la práctica del casamiento motivado en la procedencia territorial o en la posesión de títulos nobiliarios.[24]

En la visión de la novelista, el matrimonio es también una "sociedad que dura eternamente y que sólo la muerte puede romper" (99) y, por ello, quien ingresa en ese estado debe llevar "con paciencia y tino las contradicciones que, a veces, no faltan" (99). La estabilidad, la pacificación, la indisolubilidad del lazo constituyen bienes preciados que la nación comparte con el lazo marital. Posiblemente, a esto se deba la caracterización también del matrimonio como "deber social" (78) pues a través de esta forma de compromiso se cultivan vínculos domésticos que se transfieren a la comunidad.

Podría decirse que la reflexión sobre el matrimonio desplegada a lo largo de la novela está principalmente dirigida a la mujer. Casarse es su destino y con miras a ello, la autora procura aleccionar en los deberes a cumplir, ligados esencialmente al cuidado de la convivencia con el esposo y la crianza de los hijos. La maternidad deviene en la ocupación por excelencia donde radica la realización personal y se consolida la ligadura de los esposos en la conformación de una entidad mayor que es la familia.[25] Se reconoce, así, en la obra de Mercedes Rosas proclive a aconsejar a la mujer en la "santa misión de esposa y madre" (207), el agudo señalamiento de Nancy Armstrong respecto a la función de la novela en la programación de un nuevo ideal femenino, de una nueva tipología de mujer, ligada al mundo doméstico (21).

Lo contrario al matrimonio no es la soltería, estado que la autora considera improductivo, sino el ingreso al convento. Este espacio cumple en el texto la función social de asilar a la mujer viuda o que no ha logrado contraer nupcias. Allí la mujer es provechosa pues vela por sus pares en la misma situación. Al parecer, para la novelista la presencia de la mujer soltera en la vida secular resulta inadmisible.

La mención de cuestiones ligadas a la educación permite vislumbrar una inquietud autoral. No obstante, el acceso al conocimiento en la mujer aparece mediado por el hombre. La instrucción

de la mujer casada está en manos del marido, reproduciendo con ello una división jerárquica y patriarcal. La posibilidad de dedicarse al estudio aparece ligada a la vida conventual, tal como se ve en la trayectoria de Fernanda convertida en abadesa: "La ambición de *saber* se había despertado en aquella bella mujer y el cultivo del espíritu y la lectura de autores notables eran suficientes a ocupar su espíritu, a más las oraciones y deberes que impone la vida monástica" (319). Debe notarse asimismo que el conocimiento adquirido se encuentra enmarcado dentro de la institución eclesiástica, y por lo tanto, custodiado por las limitaciones impuestas por el dogma. La religiosidad es un rasgo esencial de las heroínas, entregadas a la oración y devotas de la Virgen María. Las mujeres recreadas por Mercedes Rosas son practicantes de la fe católica.

## CONCLUSIÓN

El recorrido atravesado ha partido de una contextualización de la novela en el período de la Organización Nacional resaltando algunos aspectos críticos de la coyuntura histórica ligados a la constitución de la nación y la correlativa instrucción de una sociedad que debe poder desenvolverse en el orden republicano instituido. En esta coyuntura la legitimación de la novela como género apto para difundir valores cívicos y de urbanidad como también para narrar la nación, resulta provechosa. Producto de estas condiciones de época, *María de Montiel* aborda el pasado glorioso del país como sustrato en el que se desenvuelve una trama sentimental. El patriotismo implicado en el tratamiento de la gesta emancipadora tiene su correlato en la búsqueda de incentivar en el lector la memoria de instancia fundacional de la nación. En un segundo momento, el trabajo procuró desentrañar la representación ficcional de la nación contenida en los avatares de la historia amorosa. Una categoría central del análisis residió en los personajes y sus trayectorias como tropos del devenir nacional a través del tiempo. La fórmula que se consagra como proyección de la nación deseada queda expresada en el matrimonio celebrado entre la criolla e el inglés, previa reverencia a los héroes de la emancipación, y reivindicando herencia religiosa española.

El matrimonio en *María de Montiel* es promovido como alianza primaria y circunscripta que metaforiza el pacto social que funda a la nación. En este sentido, la escritora dirige su obra a las mujeres, entre quienes aspira a promover el ideal de la mujer doméstica cuyo destino es la vida conyugal y la maternidad. A través de la representación ficcional de la nación y la exaltación de la mujer doméstica, la figura de Mercedes Rosas se perfila como una decidida colaboradora en la empresa de modelar al ciudadano (Lander).

## Notas

[1]En 1863, Mercedes Rosas escribió otra novela titulada *Emma o la hija de un proscripto.*

[2]Beatriz Curia hace referencia por ejemplo a las descalificaciones de las que Mercedes fue objeto por parte de José Mármol quien satirizó su figura en *Amalia* (13). Junto a otros testimonios de época esto demostraría que su labor literaria era conocida. Según el comentario deslizado por María Sáenz Quesada, "Mercedes, otra de las hijas menores, [. . .] era la intelectual de la familia porque desde muy joven escribía versos y novelas de amor" (27).

[3]Las citas de *María de Montiel* están extraídas de esta edición modernizada.

[4]Evaluando la calidad literaria de la escritora, Curia señala: "Mercedes demuestra tener una indudable capacidad natural para la narración, probablemente cultivada durante años por una frecuente lectura de novelas, y pleno conocimiento de la novela epistolar. Un recorrido por las páginas de su otra novela—*Emma o la hija de un proscripto*—evidencia, a través de epígrafes en distintos capítulos, que conocía [. . .] a escritores franceses como Racine, Chateaubriend o Voltaire" (32).

[5]Este período, que se extiende por tres décadas entre 1850 y 1880, aparece caracterizado por la historiografía como una etapa en la que la Argentina atraviesa un proceso de transformación que implica el paso de una sociedad tradicional a una moderna a partir de las políticas implementadas por el estado nacional.

[6]El estudio de Molina recupera ochenta y seis novelas correspondientes a cuarenta y tres escritores, comprendidas entre 1838 y 1872.

[7]Siguiendo el estado de la cuestión bosquejado por Molina y Ortiz Gambetta tres hitos importantes en el diseño del panorama de las letras nacionales—la inaugural *Historia de la literatura argentina* trazada por Ricardo Rojas entre 1917 y 1922, la colección *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, publicada por el Centro Editor de América Latina desde fines de 1960 y la *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik, en su volumen titulado *La lucha de los lenguajes*, dedicado al siglo XIX y a cargo de Julio Schvartzman producida hace poco más de una década–han concluido por conformar un reducido canon decimonónico de novelistas integrado por Bartolomé Mitre, José Mármol, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Miguel Cané (padre) y las mujeres Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla, Juana Manso y Rosa Guerra, dejando al margen una voluminosa cantidad de obras aparecidas desde mediados de la centuria. Para su recuperación las investigadoras se basaron en el relevamiento de la narrativa argentina de la centuria elaborado por Myron Lichtblau en 1959.

[8]En Montevideo, Miguel Cané (padre) publica *Una historia* hacia 1838 en *El iniciador*. Entre 1843 y 1848 desde Santiago de Chile Vicente Fidel López edita *Alí Bajá* y los primeros cuatro capítulos de *La novia del hereje*. Bartolomé Mitre publica *Soledad* en 1847 desde Bolivia, y en 1851 sale a la luz la primera parte de *Amalia* de José Mármol en *La Semana* de Montevideo. Entre los textos en los que constan los pronunciamientos de los escritores en torno a la novela pueden citarse el *Curso de Bellas Letras* (1845) de López, el "Prólogo" a *Soledad* (1847) de Mitre y las intervenciones de Sarmiento desde la prensa chilena entre 1842 y 1845, referidas por Susana Zanetti.

[9]A modo de ejemplo, pueden citarse las palabras de Mitre en el Prólogo a *Soledad*. Se define a la novela como "un espejo fiel en que el hombre se contempla tal cual es con sus vicios y virtudes, y cuya vista despierta por lo general profundas meditaciones o saludables escarmientos" (14).

[10]De acuerdo con las fuentes historiográficas, se trata de una época en la que no solo se pone en marcha una política educativa institucional desde el estado, sino que también se asiste al florecimiento del periodismo, la fundación de bibliotecas, el incremento de las imprentas y a una intensa actividad asociativa que, bajo la forma de sociedades de lectura, dio lugar en muchos casos a la publicación de gran variedad de revistas literarias (Eujanián 557–58).

[11]Esta última observación marca un límite al papel atribuido por Benedict Anderson a la novela en la formación de las naciones modernas. Es preciso por ello considerar que la aplicación de la teoría de las comunidades imaginadas al proceso de construcción de la nación desplegado en el ámbito rioplatense del siglo XIX resulta problemática pues, tal como se expuso en el cuerpo de este trabajo, las novelas no alcanzaron a la masa lectora en su totalidad, más allá del fenómeno de extensión de la lectura al que se asiste durante la Organización Nacional. Como señala Gustavo Faverón Patriau: "Es notorio, además, que la constitución de las naciones latinoamericanas tuvo, y tiene, sus obstáculos mayores en el analfabetismo y la barrera del multilingüismo [. . .] lo que hace particularmente dudoso el poder del *print capitalism* en la formación de sus naciones" (449). Esta salvedad no invalida un análisis de las fórmulas nacionales acuñadas en las ficciones por los escritores, viendo en ellas un acto voluntarista de recepción reducida. Por otro lado, el anhelo de concretar una nación constituye una preocupación efectivamente sentida de acuerdo a los numerosos testimonios dejados por las elites dirigentes y los escritores periodistas.

[12]Otros dos rasgos característicos de la novela de Scott, el exotismo y la evocación de civilizaciones lejanas temporal y espacialmente, fueron, según Molina, escasamente frecuentados (247).

[13]Molina identifica siete novelas sobre esta temática. Ellas son: "*Soledad*, de Mitre; *Una noche de boda,* de Cané; *El Isleño: Episodio de la guerra de la Independencia*, de Manuel Romano; *María de Montiel*, de Mercedes Rosas de Rivera; *El capitán de Patricios*, de Gutiérrez; *El ángel caído* y *El pozo de Yocci*, de Gorriti; además de *Capitán Vargas*, de V.F. López, que queda inconclusa e inédita" (249).

[14]Resulta oportuno en este punto plantear dos aspectos en relación con la lectura crítica de Sommer. En primer lugar, cabe señalar que la interpretación de la autora, circunscripta a las novelas canónicas, puede sin inconveniente ser proyectada sobre una obra marginada de la historia literaria, tal como es el caso de *María de Montiel*. Lo expuesto respecto de la novelística del período, los debates del contexto sociopolítico sobre la necesidad de organizar la nación, el papel del escritor en la civilización de su sociedad y la finalidad de la temática patriótica en la novela histórica, constituyen las condiciones que enmarcan esta obra de Mercedes Rosas avalando un abordaje en torno a la representación de la nación. El otro aspecto de la perspectiva de Sommer por considerar toma en cuenta la objeción enunciada por Faverón Patriau sobre la decodificación de la alegoría por el público: "¿Cuán lícito es suponer que al menos una parte de las complejas operaciones interpretativas que Sommer despliega para obtener correlatos ficcionales de las imágenes latinoamericanas de nación haya sido intuida y prefigurada por los escasos y desacostumbrados lectores decimonónicos en su recepción de esas novelas, aun suponiendo que se tratara, como vimos, sólo de las clases dominantes y letradas?" (452). En torno a esta cuestión, es posible suponer que la existencia de imágenes y tópicos recurrentes en la novelística del período constituye un factor decisivo en su comprensión por parte de los sectores cultos, entrenados en la lectura literaria mientras que esto no puede preverse respecto de un lector medianamente instruido.

[15]Tal como se analizará en el próximo apartado siguiendo a Nancy Armstrong y a Sommer, el matrimonio por amor sustituye viejas concepciones asociativas, representadas aquí por el abuelo de María que sostiene "jamás un americano se unirá a mi sangre; tú te has de casar con un español" (Rosas 55). Como se advierte, los argumentos de este padre se basan tanto en el sentimiento de superioridad de la metrópoli respecto de sus dominios coloniales como en la enemistad entre criollos y peninsulares agudizada en vísperas de la emancipación.

[16]John Lynch ofrece la siguiente reflexión sobre las invasiones inglesas: "La invasión británica de Buenos Aires enseñó varias lecciones. Quedó bien claro que los americanos no querían pasar de un poder imperial a otro. Esto, sin embargo, no era nada reconfortante para España [. . .] Fueron los habitantes, y no las fuerzas militares españolas, quienes defendieron la colonia. Los criollos particularmente probaron el poder, se dieron cuenta de sus fuerzas y adquirieron un nuevo sentido de identidad, incluso el de la nacionalidad" (20). Refieriéndose a don Miguel, la narradora comenta: "este veterano tanta gloria alcanzó el año de 1807, en la heroica defensa que hizo de Buenos Aires cuando la reconquista, de lo que tenemos recuerdos gloriosos" (Rosas 55).

[17]Debe notarse que paralelamente al desarrollo de los acontecimientos en la novela, se asiste a cambios en las representaciones que dan cuenta de nuevas coyunturas.

[18]En sus *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivadas de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sur*, escrita en 1852 tras la caída de Rosas, Alberdi considera a la inmigración de habitantes de Europa del Norte la fórmula para alcanzar el estadio de civilización que requiere una nación moderna. En posesión de la industria y del comercio, los nuevos pobladores educarían con el ejemplo en una cultura de trabajo.

[19]Considerando las reflexiones de Alberdi sobre el aspecto religioso de la inmigración, se torna aún más evidente la operación efectuada sobre la biografía de este personaje por Mercedes Rosas tendente a mantener la exclusividad de la religión católica. Así predicaba Alberdi acerca de la cuestión: "La América española, reducida al catolicismo, con exclusión de otro culto, representa un solitario y silencioso convento de monjes. El dilema es fatal: o católica exclusivamente y desplobada, o poblada y próspera, y tolerante en materia de religión" (137).

[20]Con la progresión de la trama, el rechazo de Inglaterra durante las invasiones de 1807, se convierte, con el establecimiento de la república, en una sólida relación mercantil.

[21]En su exhaustivo estudio sobre la novela argentina durante el período 1838–72, Hebe Molina destaca al matrimonio como temática constante ya sea a través de la oposición entre matrimonio por interés y matrimonio por amor, o de la oposición entre matrimonio impuesto por los padres y libertad de los jóvenes en la elección de pareja.

[22]De acuerdo a la perspectiva de Pavel Medvedev, la singularidad de la literatura como expresión ideológica consiste en su capacidad para absorber ideologemas de otras esferas de la vida social. Incluso, en algunos casos, resulta difícil separar uno de otro dada la absoluta compenetración que se establece entre ambos. Esta combinación indisoluble entre la inclusión de formaciones ideológicas ajenas y la estructura artística constituye el modo singular con que la literatura se orienta en la realidad. En esto reside su permeabilidad a lo social.

[23]Sommer esboza esta lectura poniendo hábilmente en diálogo los trabajos de Michel Foucault sobre la sexualidad y de Benedict Anderson sobre la nación, dos discursos que surgen a fines del siglo XVIII.

[24]Nancy Armstrong, en su estudio sobre la producción novelística inglesa del siglo XVIII, subraya que dichas ficciones se contextualizan "en un momento en que el viejo orden aristocrático, basado en la genealogía y en los lazos de sangre, tiene que ser cuestionado y desplazado por el orden burgués basado en el deseo" (10).

[25]El rol materno aparece considerado en la novela como beneficioso para la moral y como una expansión que cohesiona a un más al hombre y a la mujer en la familia: "la maternidad es uno de los goces puros y tranquilos que nos concedió la naturaleza. La mujer más ligera deja de serlo cuando recibe las inocentes caricias del fruto querido de sus entrañas, y hasta los hombres dejan de ser *egoístas* y sienten con vehemencia el amor por sus hijos. Por otra parte, tanto el hombre como la mujer se ligan más con la familia" (206).

## Obras citadas


Alberdi, Juan Bautista. "Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina." *El pensamiento de Juan Bautista Alberdi*. Comp. María Rosa Lojo. Buenos Aires: El Ateneo, 2009. 96–181. Impreso.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas.* Trans. Eduardo L. Suárez. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000. Impreso.

Armstrong, Nancy. *Deseo y ficción doméstica.* Trans. María Coy. Madrid: Cátedra, 1991. Impreso.

Bajtin, Mijail. "Epopeya y novela I." *Eco* 193 (1977): 37–60. Impreso.

——. "Epopeya y novela II." *Eco* 195 (1978): 283–300. Impreso.

Chartier, Roger. *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*Trans. Beatriz Lonné. Barcelona: Gedisa, 1995. Edición Impreso.

Curia, Beatriz. "Introducción." *María de Montiel*. By Mercedes Rosas de Rivera. Vol I. Buenos Aires: Teseo, 2010. 11–50. Impreso.

Eujanián, Alejandro. "La cultura: público, autores y editores." *Nueva Historia Argentina, Liberalismo, estado y orden burgués (1852–1880)*. Dir. Marta Bonaudo. T. IV. Buenos Aires: Sudamericana. 545–603. Impreso.

Faverón Patriau, Gustavo. "Comunidades inimaginables: Benedict Anderson, Mario Vargas Llosa, la novela y América Latina." *Lexis* 2 (2002): 441–67. Impreso.

González Stephan, Beatriz. "Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público al privado." *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Comp. Beatriz González Stephan, Javier Lasarte, y María Julia Daroqui. Caracas: Monte Ávila Editores, 1995. 431–55. Impreso.

Lander, María Fernanda. *Modelando corazones: sentimentalismo y urbanidad en la novela hispanoamericana del siglo XIX*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2003. Impreso.

Lichtblau, Myron. *The Argentine Novel in the Nineteenth Century*. New York: Hispanic Institute in the United States, 1959. Impreso.

Lynch, John. "Los orígenes de la Independencia hispanoamericana." *Historia de América Latina. T. V: La independencia*Ed. Leslie Bethell. Trans. Ángels Solà. Barcelona: Crítica, 1990. 1–40. Impreso.

Masiello, Francine. *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura en la Argentina moderna*Trans. Marta Eguía. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997. Impreso.

Medvedev, P. *El método formal en los estudios literarios*Trans. Tatiana Bubnova. Madrid: Alianza, 1994. Impreso.

Molina, Hebe. *Como crecen los hongos. La novela argentina entre 1838–1872*. Buenos Aires: Teseo, 2011. Impreso.

Ortiz Gambetta, Eugenia. *Modelos de civilización en la novela de la Organización Nacional (1850–1880)*. Buenos Aires: Corregidor, 2013. Impreso.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Comisión uruguaya pro Fundación Internacional Ángel Rama, 1984. Impreso.

Rosas de Rivera, Mercedes. *María de Montiel*. Vol. 1. Buenos Aires: Teseo, 2010. Impreso.

Sáenz Quesada, María. *Mujeres de Rosas*. Buenos Aires: Planeta, 1991. Impreso.

Silva Beauregard, Paulette. *La trama de los lectores. Estrategias de la modernización cultural en Venezuela (siglo XIX)*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2007. Impreso.

Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales: Las novelas nacionales de América Latina.*Trans. José Leandro Urbina y Ángela Pérez. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004. Impreso.

Zanetti, Susana. *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2010. Impreso.

María Carolina Sánchez, PhD in Literature, graduated from the National University of Tucumán (UNT), Argentina. Currently she is an assistant researcher at the National Council of Technical and Scientific Research (CONICET). She is working on a project entitled, "The Survival of Enlightenment in Socializing Argentine Novels of the Second Half of the Nineteenth Century: A Debate on Morals." She works as an *auxiliar docente graduado* of Anglosajon Literature in the Department of Language and Literature at UNT.